



Gonzalo Millán: el poeta del recuerdo y el de ahora.

Gonzalo Millán:

El regreso de un "hombre extraordinario"

Desde Canadá llega uno de los libros de poesía chilena más importantes de los últimos tiempos. "VIDA [1968-1982]" de Gonzalo Millán. (Ediciones Cordillera, 1984). Si a la ubicación temporal incorporada al título hubiera de agregarse otra espacial, debiera decirse: "Concepción-Ottawa", pues el autor surge a la poesía chilena dentro del Grupo Arúspice, mientras estudia Español en la Universidad local. Y es todavía estudiante cuando aparece su primer libro, que lo destaca de inmediato al punto que una Antología publicada por entonces se publicitó con esta frase: "Desde Diego Dublé Urrutia hasta Gonzalo Millán".

Aquel excelente primer libro, *Relación personal*, se incorpora al reciente, inaugurándolo. Del mismo período penquista es la siguiente incorporación, "Ouróboros [historietas]" que los lectores de la revista del grupo o los contertulios de "Los jueves de la poesía" en la sala La Guarida, pudieron conocer como "Reversos": "Me diviso entrando/ a una pieza/ cuya puerta/ cierro con llave./ Corro en punta de pies/ a espiar/ mis secretos manejos/ y veo por la cerradura/ que me mira mi ojo".

Presentadas como "Antología", las siguientes doscientas páginas pertenecen a su producción de 1969 a 1982, que Millán reúne bajo el nombre totalizador de VIDA. Título exacto para el vasto mundo lírico poblado por seres y cosas.

Lo primero que llama la atención en esta obra escrita a lo largo de veinte años es su evolución no lineal, sino fiel a un núcleo original en torno al cual el lenguaje acumula nuevas significaciones. Más que incorporación de otros recursos hay profundización de los propios. Es una evolución que se ajusta bien a esta poesía de imágenes, hecha de objetos diminutos y acontecimientos fugaces, captados en relación cordial o beligerante, de mutua colaboración o destrucción, por un hablante mordaz, conmovido o simplemente desconcertado. Poesía visual, pero entregada al lector con toda la orquestación musical del idioma: "Por la carretera vacía/ como arteria de cadáver./ algo rosado/ rueda en el viento;/ la pierna de una muñeca".

Destaca el uso poco común del lugar común, la frase hecha o el refrán, que se incorporan a un sentido nuevo, distinto, en el poema: "Tú que ayer no más eras/ incapaz de quebrar un huevo/ y llevártelo a la boca/ sin asistencia femenina,/ mírate hoy al espejo/ de la sartén/ que tienes por el mango". Poesía eternamente joven por su deslumbramiento perpetuo y madura por la sabiduría de ver a fondo en los actos triviales, rituales o trascendentales, rescatados en descripciones minuciosas, casi un acta notarial, pero que apelan a claves líricas que no se haría otra cosa que empobrecer tratando de "traducir" o "explicar": "...y oyendo como el fuego/ su ceniza/ nos apagamos acezando".

Acorde con el título, los textos se dan una organización vital dentro de los grandes capítulos —*Vida doméstica* y *Los nombres de la Era*— sometidos a su vez a subdivisiones casi biológicas. Poemas cíclicos y otros autorreferenciales, a la manera de vasos comunicantes, robustecen su cohesión interna: "...el frente personal, quieto./ Tampoco hay noticias clínicas./ ni cuentas ni cartas de amor" (lo subrayado corresponde al título de un poema del primer libro).

Por estos y otros medios se establece la veracidad emocional del discurso lírico, importante para el lector que asiste al crecimiento de un hablante que va participándole desde sus perplejidades adolescentes hasta sus ternuras paternas, pasando por los presumibles conflictos conyugales y el deslumbramiento inacabado de la pasión amorosa y la expresión de lo erótico.

Hacia el final, el poeta abre puertas de su intimidad y se asoma al futuro en un bellissimo canto con ecos de la poesía precolombina o los libros proféticos del Chilam Balam. Sin embargo —de acuerdo a la evolución ya explicada— no debe entenderse como un cambio, sino como una profundización de inquietudes permanentes: se hace aquí tan premonitorio para la humanidad, como pudo serlo para sí mismo en el ya antiguo poema "Un tipo extraordinario".

Cómo ve Millán lo plural en la singularidad, la multitud en el individuo, la historia en una "Vida", puede ejemplificarse leyendo su poema NIÑO: "Encontrarán siglos después./ cuando sólo queden envases/ de una sociedad/ que se consumió a sí misma./ sus restos/ de pequeño faraón/ dentro de un refrigerador descompuesto./ enterrado/ bajo unas pirámides de basura".

"Yo soy un hombre extraordinario/ y tuve que ir en un barco./ trabajar/ y conocer todo el mundo..." había escrito Gonzalo Millán en un poema de juventud. Ahora que en gran medida tal profecía se cumple, y regresa con un libro extraordinario, nos salta (o nos asalta) la pregunta ¿qué será hoy del movimiento literario penquista que hace una década estuvo a la cabeza de su generación?

Ojalá que "VIDA" se lea aquí como una añoranza, un homenaje y una motivación.